

PARECOS Y AUSTRALES
Ensayos de cultura de la Colonia

«Parecos de nosotros los españoles son los de la Nueva España, que viven en Síbola y por aquellas partes» dice Francisco López de Gómara, porque «no moramos en contraria como antípodas», sino en el mismo hemisferio. «Austral» es el término que adoptaron los habitantes de los virreinos del Perú para publicarse. Bajo esas dos nomenclaturas con las que las gentes de indias son llamadas en la época, la colección de «Ensayos de cultura de la colonia» acogerá ediciones cuidadas de textos coloniales que deben recuperarse, así como estudios que, desde una intención interdisciplinar, desde perspectivas abiertas, desde un diálogo intergenérico e intercultural traen de la América descubierta y de su proyección en los virreinos.

Consejo editorial de la colección

ROLENA ADORNO
Yale University

MARCO GLANTZ
Universidad Nacional Autónoma de México

ROBERTO GONZÁLEZ-ECHEVARRÍA
Yale University

ESPERANZA LÓPEZ PARADA
Universidad Complutense de Madrid

JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI
Tufts University

LUIS MILLONES
Colby College

CARMEN DE MORA
Universidad de Sevilla

ALBERTO PÉREZ-AMADOR ADAM
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

**Estudios de sátira
hispanoamericana colonial &
Estudos da sátira do Brasil Colônia**

**De “estranhos casos, que jamais pintaram”
a “despoblados extensos”**

**DEXTER ZAVALZA HOUGH-SNEE
EDUARDO VIANA DA SILVA
(EDS.)**



IBEROAMERICANA • VERVUERT / 2015

Sobre los gauchos: un discurso de recolonización en *El Lazarillo de ciegos caminantes*

José Francisco Robles
Colgate University

Pocos años después de haber llegado a España y luego de cumplir la importante misión de trasladar a los jesuitas recién expulsados desde el virreinato del Perú a Cádiz, el funcionario gijonés Alonso Carrió de la Vandra (quien había ejercido los cargos de alcalde Mayor de Minas y Subdelegado de Bienes de Difuntos en las provincias de Chisques y Masques) es nombrado por la administración borbónica segundo comisionado para el arreglo de correos y ajuste de postas en el tramo Montevideo-Lima. Meses más tarde, el funcionario Carrió, en calidad de visitador, toma rumbo hacia la región del Río de la Plata, comenzando así su peregrinaje por el extenso territorio del virreinato peruano, en el cual pasará a inspeccionar directamente las postas y correos que componen su jurisdicción. Desde el punto de vista económico, esta revisión es clave para la administración borbónica: por las postas pasa prácticamente todo el comercio virreinal del interior. Para Carrió será la oportunidad de escudriñar los vicios económicos y sociales *in situ*, y proponer sus remedios a la realidad que él describe. Este recorrido (que durará casi dos años) será el origen de *El Lazarillo de ciegos caminantes*.

No obstante, esta obra va más allá de ser una simple descripción del estado de postas y correos del tramo comprendido entre

Montevideo y Lima. Además de ser una obra portadora de una diversidad de parodias y géneros que, como señala Ruth Hill, “leaves no doubt that his exposé continues the carnivalesque and often corrosive Menippean tradition” (2005: 18), hay otros aspectos relevantes de *El Lazarillo* que he estudiado en trabajos anteriores (Robles 2008; 2011): las complejidades en torno a su circulación, licencia de publicación e invención de un autor ficticio como su supuesto amanuense, Calixto Bustamante Carlos Inca, alias “Concolorcorvo”, y sus críticas a la administración pública, la abundancia perjudicial y riqueza malgastada en el virreinato peruano. En este artículo me interesa analizar la mirada que *El Lazarillo* tiene sobre un tipo especial de habitantes que pueblan una parte del mapa virreinal que la obra recorre. Los gauchos o gauderios, que el visitador Carrió encuentra tanto en Montevideo como en la provincia de Tucumán, representan un punto importante en su crítica de la realidad americana.

La pintura que Carrió hace del conjunto de los gauchos muestra claramente su visión negativa sobre ellos. En ella, como ha dicho Madaline W. Nichols, aparece una “extra-legal class of society” (1941: 417) o, como ha señalado Anthony Tudisco (leyendo también *Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata*, obra de Félix de Azara), “a group of outlaws” (1958: 14). Estos sujetos marginales que deambulan sin rumbo fijo, sin orden ni sujetos a ley alguna, son el objeto de algunas reflexiones reformistas del visitador. Según él, son los gauderios culpables de un sinnúmero de vicios en las provincias visitadas, dado su carácter nómada y mestizo —como apunta David J. Weber (2005: 251)— y, por lo tanto, inestable y poco funcional para la sociedad. En este trabajo, me interesa analizar este tema, presente en varios pasajes de *El Lazarillo*, desde dos puntos específicos: la evaluación de Carrió de las “malas costumbres” de los gauderios y, posteriormente, su visión sobre una (para él) necesaria recolonización interna de los espacios por donde estos transitan en la provincia de Tucumán.

Las “malas costumbres” de los gauderios

La crítica a los gauderios o gauchos y su forma de vida —culpables, según Carrió, del malgasto y despilfarro de recursos de la región— es una constante que define los objetivos reformativos tanto políticos como culturales de *El Lazarillo*. Entre las ideas “civilizadas” del visitador y su impresión sobre la “barbarie” del mundo de los gauchos, es decir, su inutilidad para el bien público, camina a paso firme su urgencia por modificar aquel caótico estilo de vida. La atracción del visitador por describir las costumbres de los gauderios connota un reconocimiento de estas prácticas como una cultura distinta a la europea y la indígena. Con ellos, Carrió cree enfrentarse a un nomadismo y resistencia superior a la de los indios del virreinato, a una posición mestiza que no deja ser fácilmente encuadrada en una casta cultural específica¹. En este punto, la “sovereign Western consciousness”, como llamaba Edward W. Said al intento de subordinación de oriente por el pensamiento europeo (1979: 8), va a enfrentarse a un problema mayor en el discurso del visitador. Los gauchos romperán el modelo del sometimiento político, cultural y territorial del virreinato, lo que será, de alguna forma, una suerte de fracaso del eurocentrismo imperial. Por esta razón, Carrió intentará adentrarse en su cotidianeidad y enterarse de aquellas prácticas (aunque sólo con los gauchos del Tucumán) que los convierten en sujetos profundamente inestables para el sistema. La trascendental construcción de la imagen del gauderio, con el objetivo de perpetuar la superioridad racional europea, es lo que pretendo analizar en este primer apartado.

Según Hernán Vidal, las características básicas con que Carrió rubricará la descripción de estos sujetos serán las de “bestias apenas domesticadas: son sucios, vagan por los despoblados, no tienen

1. Así como llevará a cabo la construcción de los gauderios, Carrió hará lo mismo con los otros grandes grupos étnicos como los indios y negros. Este último grupo es considerado por el visitador, así como por muchos hombres de su época, el escalafón más bajo de la sociedad americana colonial. A ellos, por ejemplo, dedicará breves y esporádicos pasajes, en los que se puede leer lo siguiente acerca de sus diversiones y fiestas: “Los negros civilizados en sus reinos son infinitamente más groseros que los indios [...] Las diversiones de los negros bozales son las más bárbaras y groseras que se pueden imaginar. Su canto es un *aillo*. De ver sólo los instrumentos de su música se inferirá lo desagradable de su sonido” (1973: 383-384).

rutina, comen cuando se les antoja" (1985: 195). Todas estas características están marcadas por el cruce entre la visión despreciativa sobre este tipo americano y la crítica ilustrada sobre su irracionalidad que testificarían su poca higiene y su desobediencia a la rutina del trabajo. Vidal denomina a esta visión ideológica de *El Lazarillo* como una "antropología materialista" (194-195), cuya finalidad es justificar las diversas formas de sujeción y violencia de los pueblos americanos, puesto que éstos no entenderían la implicancia de la inmensa riqueza natural que el funcionario percibe a lo largo de su viaje virreinal.

De este modo, poco después de llegar a Montevideo y tomar posesión efectiva de su cargo de visitador de postas y correos para el tramo comprendido entre esta ciudad y Lima, tendrá su primer encuentro con "muchos holgazanes criollos" (Carrió de la Vandera 1973: 131), dedicados al vagabundeo, ante la inmutabilidad de los demás habitantes. En el corazón de la ciudad de Montevideo y sus alrededores, Carrió se encontrará con los débiles límites entre la civilización y la barbarie de las ciudades fronterizas del virreinato peruano. Así, en esa cultura que él supone semi-bárbara, entra en escena la figura del gaucho o gauderio:

De esta propia abundancia, como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quienes con tanta propiedad llaman

Gauderios

Éstos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su arbitrio por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o le toman de la campaña, enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman *rosario*. También cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que forran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este perjuicio en nada, así ellos como los dueños (133-135).

Con la voz *gauderio*, se encierra sin más la significativa caracterización de estos personajes vagabundos y holgazanes. Más allá de los laberintos etimológicos que desencadenarán finalmente la voz 'gaucho' (supuestamente proveniente del latín *gaudere*), cabe destacar que este nombre, con que se define a esa "multitud de holgazanes", anida en su raíz un supuesto estado de vida en permanente juerga, sin límites, en una existencia perdida en el vicio y el exceso. Curiosamente, ya en una obra del siglo xvii —me refiero a *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales* de Antonio Vázquez de Espinosa— hay un acercamiento a un tipo de sujeto similar al gauderio. Este cronista recorrió el mismo camino que el visitador Carrió (aunque en sentido inverso) y describió un grupo de indios (los *guaycurus*) que poseían varios rasgos similares a los gauchos: "Enfrente de la ciudad está la nación de los *Guaycurus*, gente ruin y haragana, andan desnudos, no siembran ni cultivan; sustentanse de caza y pesca; son grandes tiradores de flechas [...] porque esta bárbara nación, además de ser tan haragana, no tienen población, más que unas esteras, que las mudan cuando quieren a otra parte" (Vázquez de Espinosa 1969: 448). Tanto los *guaycurus* de Vázquez de Espinosa como los gauchos de Carrió, como analizaré, representan a un tipo de población que debiera ser erradicada del territorio virreinal.

Otro elemento importante del fragmento de *El Lazarillo* que acabo de citar es la imagen física que Carrió hace del gaucho. La rusticidad de su vestimenta denota la de su espíritu indolente y marginal, así como sus prácticas de cacería y el derroche de la carne. De este modo, la imagen del gauderio es, para Carrió, una estampa de la violencia contra el mundo civilizado, que se desenfunda metonímicamente con la presencia de su arsenal de caza y defensa, las bolas o boleadoras, pero también con un instrumento particular: la "guitarrita"². Esta destemplada guitarrita, que tocan mal, reemplazará a las herramientas de trabajo y estropeará la herencia poética de la popular copla española, violentando con ello la cultura hegemónica a la cual pertenece

2. Según Richard Pinnel es *El Lazarillo* la primera obra que habla de la guitarra como inseparable compañera del gaucho (1984: 246). Rosalba Campra enfatiza el carácter despectivo que tiene la voz 'guitarrita' en la visión que Carrió tiene de los gauchos: "es evidente aquí el uso del diminutivo 'guitarrita' no con la función neutra de indicación del tamaño, sino como marca de una apreciación despectiva" (2004: 312).

el visitador. Pero esta violencia contra la herencia colonial tiene sus cómplices. Tales comunidades de colonos serán vistos por el visitador como los responsables o cómplices de tal desborde: no sólo les dan comida a estos trotamundos, sino también los caballos que necesitan para vagabundear libres (o absueltos) por la campiña.

Unas líneas más adelante, la descripción sobre la vida licenciosa de los gauchos ahondará, nuevamente, sobre el factor del derroche de recursos. La dieta alimenticia de estos particulares sujetos está basada exclusivamente en la carne de res; para conseguirla, utilizan sus rústicos instrumentos (como las boleadoras, provenientes de las culturas indígenas), saqueando, así, la campiña con absoluto desparpajo y nula conciencia de racionalización. Según el visitador, la búsqueda de la comida por parte de los gauchos es uno más de sus divertimentos y funestos goces que acostumbran realizar en la provincia:

Muchas veces se juntan de éstos cuatro o cinco y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o novillo; le lanzan, derriban y bien trincado de pies y manos le sacan, cuasi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo por comer el matambre, que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en el rescoldo [...] Venga ahora a espantarnos el gacetero de Londres con los trozos de vaca que se ponen en aquella capital en las mesas de estado. Si allí el mayor es de a 200 libras, de que comen doscientos milords, aquí se pone de a 500 sólo para siete u ocho gauderios, que una u otra vez convidan al dueño de la vaca o novillo, y se da por bien servido (Carrió de la Vándera 1973: 136-137).

Este salvajismo en las costumbres alimenticias de los gauderios, es vista por Carrió como una especie de cadena de barbarie en la que desfilan la búsqueda del alimento por diversión, el carneo y el consumo a destajo. La mortandad excesiva de ganado que provocan los gauderios no tiene para el visitador ninguna explicación racional. Esta hiperbólica escena se repite una y otra vez cuando en *El Lazarillo* se cruzan la desidia de estos hombres y su incuantificable daño.

En la escritura del visitador, son estos hombres, los gauchos, quienes consumen salvajemente el tesoro y erario natural de recursos que debe ser aparejado idealmente para el beneficio de la Corona.

Esta relación entre gauderios y abundancia de recursos es, para Mariselle Meléndez, una muestra de la configuración identitaria de este grupo en relación con los factores económicos e intereses colonialistas de *El Lazarillo* (1999: 108-109). Esta idea, que comparto, no quedaría del todo completa si no se une a la búsqueda de una reterritorialización del virreinato, tanto geográfica como social. Los factores económicos colonialistas guardan relación con los espacios geográficos del comercio, cuya misión está encargada a Carrió por el camino de las postas, así como, socialmente, son parte del proceso de sistematización del orden colonial interno. La tierra y todo lo que contiene (hombres, animales y plantas), están bajo la sombra de la mirada adánica del funcionario, quien tendrá que reconocer, reidentificar y volver a rotular las especies que ese espacio contiene, al modo de la historia natural y el discurso exploratorio que Mary Louise Pratt ha analizado (2008: 23).

No obstante este afán taxonómico de la historia natural europea sobre América, efecto directo de las búsquedas comerciales transatlánticas, toma parte en el discurso de Carrió con algunos matices. Los intereses colonialistas de *El Lazarillo* no sólo fomentan la apropiación del territorio potencialmente explotable, sino también de la sociedad y los grupos que la componen. De esto resulta un innegable proceso de rotulación, pero también uno de indistinción o difusa correspondencia entre la caracterización y clasificación propia de los componentes humanos y los recursos naturales. Ambos componentes, o mejor dicho, los gauchos y la abundancia de recursos, forman parte de la misma construcción del desorden virreinal y exigen la disciplina racionalizadora que estreche eficientemente el cerco sobre estos "objetos" de colonialidad. Por este motivo, la obra de Carrió insiste en la necesidad de que esa tierra, por donde transitan impunemente los gauchos, sea finita y delimitada claramente, para facilitar o hacer posible una efectiva penetración social y comercial de la racionalización colonial por la que el visitador aboga. Es quizás por ello que el funcionario Carrió no se hará cargo del detalle exhaustivo sobre la naturaleza animal o vegetal, a modo de los naturalistas, pues su preocupación mayor está puesta sobre los

hombres que habitan la tierra, cuestión que iré desarrollando en el curso de este artículo.

Los gauchos, a partir de esta relación con los recursos naturales, tendrán una descripción bastante más detallada en la provincia de Tucumán, una de las regiones más ricas del, hasta entonces, virreinato peruano. Como se puede ver, no le bastará a Carrió con haberlos descrito en Montevideo; también seguirá sus pasos por estas provincias interiores, demostrando con ello la extensión del reinado de la holgazanería que carcome la administración. Este grupo social se emplaza en las regiones más distantes a Lima y, desde 1776, se establecerá entre los puntos diametrales que marcarán los límites del futuro Virreinato del Río de la Plata. Así, dada la extensión territorial y, por consiguiente, perjudicial de los gauchos, no resulta extraña la obsesiva fijación que Carrió tendrá en su estilo de vida particular. Este interés irá cerrando el cerco discursivo sobre estos "objetos", cuya utilidad será una clave político-económica del reformismo para el conjunto de burócratas lectores de "aquende y allende el mar" (Carrió de la Vandra 1973: 100).

La estadía del visitador en Tucumán será una gran oportunidad para adentrarse en la vida cotidiana de estos nómades y describirlos con mayor detalle, como ya he anunciado. Preliminarmente, se puede señalar que su acercamiento etnográfico a este grupo es una estrategia que busca otorgarle a su descripción un tono experiencial y empírico que, en última instancia, intenta darle categoría de verdad a aquello que se informa. No obstante la persistencia de este modelo experiencial de acercamiento, como eje metodológico de sus observaciones a lo largo de su viaje, Carrió pondrá en circulación su táctica de la anécdota como otra articulación metodológica. En el marco de sus *excursus*, esta anécdota tucumana irá más allá del relato de un hecho simple y ejemplificador de su postura crítica³, hacia la configuración de un escenario narrativamente complejo sobre el cual situará parte de su ataque contra los gauderios.

3. Marina Gálvez llama a estas anécdotas "adivinanzas de tipo moralizante o didáctico" (1990: 51). En estricto rigor, estas anécdotas no son en sí "adivinanzas", ya que ellas mismas contienen un peso ideológico que no es necesario adivinar, puesto que el mismo Carrió comenta y devela sus alcances políticos, como se verá en el análisis de los fragmentos que a continuación cito.

En ese marco, relataré desde la pluma de su secretario Concolorcorvo su encuentro con estos sujetos en un monte cercano a Jujuy. Allí llegará la cuadrilla del visitador, recibida alegremente por estos colonos. El funcionario pedirá licencia para compartir unos instantes con ellos y conocer sus costumbres de manera más directa. Ningún elemento faltará que no corrobore lo que antes había dicho sobre los gauchos que habitaban Montevideo, antes agregará otros: a la guitarra, cueros, alojas, lazos, bolas, cuchillos y abundante carne, se les sumará una transcripción censurada de un par de esas "estropadas" coplas y la presencia de algunas masculinas mujeres que no harán otra cosa que aumentar la macarrónica escena de ese mundo salvaje. El visitador pedirá al jefe del grupo, un viejo de ciento cuatro años llamado Gorgonio, que le canten unas coplas de esas que acostumbran a improvisar:

[...] señor Gorgonio, sírvase Vm. mandar a las muchachas y mancebos que canten algunas coplas de gusto, al son de sus acordados instrumentos. Sea enhorabuena, dijo el honrado viejo, y salga en primer lugar a cantar Zenobia y Saturnina, con Espiridión y Horno de Babilonia. Se presentaron muy gallardos y preguntaron al buen viejo si repetirían las coplas que habían cantado en el día o cantarían otras de su cabeza. Aquí el visitador dijo: Estas últimas son las que me gustan, que desde luego serán muy saladas. Cantaron hasta veinte horrorosas coplas, como las llamaba el buen viejo, y habiendo entrado en el instante la madre Nazaria con sus hijas Capracia y Clotilde; recibieron mucho gusto Pantaleón y Torcuato, que corrían con la chamuscada carne (Carrió de la Vandra 1973: 249).

Con este acercamiento a la vida de los gauchos, la *hybris del punto cero* del visitador, esa soberbia ilustrada que mira "objetivamente" desde el panóptico a esta particular sociedad —como ha dicho Castro-Gómez (2005: 18)—, juzga una serie de sucesos que comienzan con estas referencias humorísticas. La ironía del visitador en este pasaje queda explícita: en su mandato de cantar coplas "al son de sus acordados instrumentos" las que, en realidad, le parecen "horrorosas", pone en movimiento una particular forma de diversión. Esta diversión corre, más que por la temática de las coplas, por las mujeres y hombres de este mundo burdo y rústico, a los ojos de Carrió, el cual servirá de espectáculo para él y su cuadrilla. Esta

misma espectacularización jocosa y ridiculizadora de los gauchos, la apreciaremos en sus observaciones sobre los nombres. De aquellos nombres (Gorgonio, Zenobia, Saturnina, Espiridión, entre otros) el visitador sacará cierta ventaja argumentativa, con el fin de enfatizar su descripción del estado bárbaro e ignorante de estos sujetos:

También extrañamos mucho los extravagantes nombres de los hombres y mujeres, pero el buen viejo nos dijo que eran de santos nuevos que había introducido el doctor don Cosme Bueno en su Calendario, y que por lo regular los santos nuevos hacían más milagros que los antiguos, que ya estaban cansados de pedir a Dios por hombres y mujeres, de cuya extravagancia nos reímos todos y no quisimos desengañarlos, porque el visitador hizo una cruz perfecta de su boca, atravesándola con su índice (Carrió de la Vandra 1973: 252).

Los nombres extraños tienen aquí su explicación burlesca. Aquellos excéntricos nombres, supuestamente, están sacados de un número del extensísimo almanaque de Cosme Bueno, un famoso polígrafo vecindado en Lima⁴. La referencia a Bueno, de la que saca partido el visitador, profundiza aún más la burla sobre los nombres de los gauderios: estos seres iletrados serían ni más ni menos lectores de uno de los mayores ilustrados de Lima, quienes, por su ignorancia, fusionan sus propios y supersticiosos razonamientos con la cultura letrada que interpretan mal. Esta errada interpretación de la cultura letrada no actúa sola. Es auxiliada por las supersticiones y el débil sostén lógico, propio del retrato que el visitador hace de las capas populares. De esta forma, los gauchos son dueños de una doble ignorancia, la de la cultura letrada virreinal y la de las

4. Cosme Bueno (1711-1798), fue cosmógrafo del virreinato peruano y un conocido sabio de origen aragonés, contemporáneo y muy respetado por Carrió, quien se refiere a él en el "Prólogo" de la obra de la siguiente manera: "El cosmógrafo mayor del reino, doctor don Cosme Bueno, al fin de sus Pronósticos anuales, tiene una idea general del reino, procediendo por obispados. Obra verdaderamente muy útil y necesaria para formar una completa historia de este vasto virreinato" (117). Según D. W. Mcpheeters, *El Lazarillo* se nutre de muchas informaciones que Bueno recopila en una de sus tantas enciclopedias, como las *Descripciones de provincias* (1767-1793) que serán una parte fundamental de los estudios sobre la región realizados por los ilustrados peruanos (1955: 485). Del mismo modo, estos santos que el visitador dice que aparecen en el Calendario, efectivamente, provienen del renovado santoral que incluirá el sabio limeño en un tomo de su almanaque, denominado *El conocimiento de los tiempos*, publicado alrededor de 1770 (490).

cosas relativas al culto cristiano. La supuesta lógica falaz y absurda del viejo Gorgonio causa risa entre la comparsa del visitador quien, muy templado, cauto y astuto frente a aquellos "salvajes", ordena el silencio no por respeto, sino por miedo a una barbárica reacción. Esta señal de la cruz en la boca del visitador figura tanto el llamado a la prudencia o mesura ante el peligro, como el exorcismo ante la herejía ilustrada de los iletrados gauderios.

En *El Lazarillo* la anécdota, como crítica, cruzará el discurso empírico con el ficcional, a partir de una mixtura entre su construcción taxonómica sobre un grupo social específico y el encuadre narrativo de estas anécdotas. Con este uso de la anécdota en casos descriptivos e informativos, Carrió pretende dibujar una composición de lugar sobre las cosas de su viaje por el virreinato. La estadía entre los gauchos y este pasaje en Jujuy, del cual he citado dos fragmentos, es utilizada por el visitador para introducir a los lectores en cuestiones que van más allá del mero sentido humorístico e intertextual con otras obras de la tradición española que lo influirían estilísticamente⁵. A través de las anécdotas tucumanas, *El Lazarillo* pretende escribir una breve historia de los gauchos o gauderios, su vida y sus costumbres probadamente "salvajes" o fuera de la legalidad, penetrando este mundo desde su visión en el *punto cero*, concepto con el cual Castro-Gómez ha caracterizado la mirada ilustrada sobre la realidad americana.

La estructuración anecdótica del relato de *El Lazarillo* no es, por consiguiente, un hecho ni formal ni lúdico, como algunos críticos han juzgado (Carilla 1976, Delgado 2002 y Gómez Tabanera 1983). Haciendo uso de la anécdota como herramienta para describir a este grupo social, Carrió escribirá *contra* las prácticas cotidianas de los sujetos que habitan los parajes tucumanos, la jauja de la abundancia y el derroche del virreinato peruano. Con el uso

5. Sin pretender adentrarnos en este ámbito, podemos apreciar la cercanía entre este relato de Carrió y el pasaje del Quijote y los cabreros, en la novela de Cervantes. No sólo este breve hecho familiariza intertextualmente a *El Lazarillo* con algunas obras del género literario; también lo hace posible la existencia de dos personajes protagonistas del relato: el visitador y Concolorcorvo se relacionan de una manera particularmente cercana a don Quijote y Sancho Panza. Esta hibridación de registros discursivos es, probablemente, parte de esa sociabilización literaria propia de la literatura del siglo XVIII. Mazzara (1963) señala éste y otros tipos de intertextos presentes en *El Lazarillo*.

de la anécdota, la ficcionalidad del relato del visitador *productivizará* la ideología colonializante del eurocentrismo que presenta la obra, como diría Said: no sólo los escritores e intelectuales “reflejan” pasivamente en sus trabajos el influjo de las políticas imperialistas, sino que también la *producen* (y no sólo reproducen) en sus obras: “We can better understand the persistence and the durability of saturating hegemonic systems like culture when we realize that their internal constraints upon writers and thinkers were *productive*, not unilaterally inhibiting” (1979: 14). Desde este punto, podemos develar las estrategias que construyen ideológicamente sus descripciones y los “tipos” de sujetos que una obra como *El Lazarillo* va formando a lo largo de su relato.

Recolonización interna: un proyecto para el Tucumán

Por debajo de estas jocosas anécdotas, Carrió buscará empatizar sus ideas con un lector ilustrado, introduciéndolo mediante ellas al verdadero objetivo en este nivel discursivo: la penetración o recolonización de los extensos territorios habitados por los gauchos. En este sentido, el uso de la anécdota es una primera penetración discursiva al territorio que debe ser recolonizado. Habiendo establecido, a partir de esta anecdótica mirada, la imagen de los gauderios, Carrió se atreverá a depurar sus ideas para un plan mayor. Sin duda, los primeros pasos ya han sido dados: enumerar y describir las cuitas administrativas, la abundancia de recursos malgastados y quiénes son los que cometen semejante derroche. El segundo paso a seguir será el siguiente: diseñar qué se podría hacer con algunos de estos recursos materiales y humanos que están ahí, esperando una mano ordenadora y racionalizadora. Mediante su observación de los enormes despoblados y un bajísimo número de habitantes en las provincias visitadas, Carrió comenzará con sus propuestas para remediar la ruina que amenaza a la provincia de Tucumán:

Esta gente [los gauchos], que compone la mayor parte del Tucumán, fuera la más feliz del mundo si sus costumbres se arreglaran a los preceptos evangélicos, porque el país es delicioso por su temperamento, y así la tierra produce cuantos frutos la siembran, a costa de poco

trabajo. Es tan abundante de madera para fabricar viviendas cómodas, que pudieran alojarse en ellas los dos mayores reinos de la Europa, con tierras útiles para su subsistencia. Solamente les falta piedra para fuertes edificios, mares y puertos para sus comercios, en distancias proporcionadas, para costear la conducción de sus efectos; pero la falta mayor es la de colonos, porque una provincia tan dilatada y fértil apenas tiene cien mil habitantes, según el cómputo de los que más entienden [...] Cien mil habitantes en tierras fértiles componen veinte mil vecinos de a cinco personas, de que se podían formar 200 pueblos numerosos de a cien vecinos, con 500 almas cada uno, y en pocos años se podrían formar multitud de pueblos cercanos a los caudalosos ríos que hay desde el Carcañal hasta Jujuy (Carrió de la Vandra 1973: 253).

A la extrapolación de los preceptos cristianos hacia los niveles de la disciplina social —que el visitador ve como un hecho necesario en el caso de los gauchos— se suman otros elementos a considerar: la escasez de colonos y la abundancia de frutos y recursos sin explotar en la región, los cuales reaparecen aquí con el objetivo de enmarcar un proyecto de repoblamiento en el que cabrían “los dos mayores reinos de la Europa”. En este plan, los colonos de Tucumán —que en su gran mayoría son gauderios— no forman parte del verdadero propósito de Carrió. Como se verá en breve, esta expresión acerca de la amplitud de la provincia tucumana no es sólo una comparación hiperbólica de las capacidades comerciales del Tucumán. Junto con su deseo de ordenación racional y simétrica del insuficiente número de colonos el visitador profundizará en otros términos la comparación que acabo de referir. Ésta servirá para proponer la llegada de nuevos colonos, tanto españoles como extrapeninsulares, cuyo arribo tendrá como finalidad extraer el usufructo que los criollos no son capaces de extraer⁶. En apoyo a esta idea de repoblamiento, Carrió esbozará el siguiente plan:

Si la centésima parte de los pequeños y míseros labradores que hay en España, Portugal y Francia, tuvieran perfecto conocimiento de este país, abandonarían el suyo y se trasladarían a él: el cántabro español,

6. A diferencia del Tucumán, según Jean Piel, las provincias como la de Buenos Aires ya poseían, hacia finales del siglo XVIII, una importante población de inmigrantes europeos, ya sea españoles o de otras naciones (1989: 301). Por este motivo, el Tucumán, Salta y Jujuy —el “Norte”— serán vistos por Carrió como lugares marginales, los cuales necesitarían una productiva inmigración europea.

de buena gana; el lusitano, en *boahora*, y el francés *très volontiers*, con tal que el Gran Carlos, nuestro monarca, les costeara el viaje con los instrumentos de la labor del campo y se les diera por cuenta de su real erario una ayuda de costas, que sería muy corta, para comprar cada familia dos yuntas de bueyes, un par de vacas y dos jumentos, señalándoles tierras para la labranza y pastos de ganados bajo de unos límites estrechos y proporcionados a su familia, para que trabajasen bien, y no como actualmente sucede, que un solo hacendado tiene doce leguas de circunferencia, no pudiendo trabajar con su familia dos, de que resulta, como lo he visto prácticamente, que alojándose en los términos de su hacienda, una o dos familias cortas se acomodan en unos estrechos ranchos, que fabrican de la mañana a la noche, y una corta ramada para defenderse de los rigores del sol, y preguntándoles que por qué no hacían casas más cómodas y desahogadas, respecto de tener abundantes maderas, respondieron que porque no los echan del sitio o hiciesen pagar un crecido arrendamiento cada año, de cuatro a seis pesos; para esta gente, inasequible, pues aunque vendan algunos pollos, huevos o corderos a algún pasajero, no les alcanza su valor para proveerse de aquel vestuario que no fabrican sus mujeres, y para zapatos y alguna yerba del Paraguay, que beben en agua hirviendo, sin azúcar, por gran regalo (1973: 254-255).

Este fragmento puede ser dividido en dos partes. Por un lado, tenemos la configuración utópica de lo que para Carrió es necesario hacer con el territorio tucumano. En esta utopía, españoles, portugueses y franceses ocupan la principal plaza de su planificación recolonizadora. Las medidas de subvención de esta ocupación —piensa el funcionario— deben provenir del Estado metropolitano de Carlos III, que armará y ubicará las piezas humanas que explotarán los recursos de la tierra. Por otro lado, el visitador muestra un presente anómalo y de perjudiciales falencias que constituye aquello que merece una reforma. En ese arruinado presente están los colonos y gauchos tucumanos, quienes no poseen la propiedad de una tierra que parece pertenecer exclusivamente a los hacendados criollos.

Como Carrió en el virreinato peruano, años más tarde, en España, Gaspar Melchor de Jovellanos en su *Informe de la Sociedad Económica de esta corte al Real Supremo Consejo de Castilla en el expediente de Ley Agraria* (1794) también criticará las extensas haciendas que poseen los terratenientes españoles. Para Jovellanos no bastan los caminos que Carlos III mandó construir por los lugares más inaccesibles de la península si los campesinos no son dueños

de la tierra que labran. Para Carrió tampoco estas obras viales serán significativas en el virreinato, como afirma cuando presencia el puente de Chuquisaca, al iniciar la primera parte de su itinerario: “La idea de este puente fue buena, pero no se pudo perfeccionar en un reino y provincia abundante de plata, pero escasa de colonos y frutos” (1973: 287). Sin embargo, Chuquisaca no es un pueblo castellano, pues en la provincia peruana hay abundantísimo oro y, por lo tanto, una inevitable población flotante. Ni Chuquisaca es el dilatado Tucumán: aquí hay frutos y, por consiguiente, posibilidades de situar una población fija que, por el momento, no ha sido posible sujetar por su errabunda forma de vivir. No obstante, en esta cruda evaluación de Carrió sobre el presente tucumano sus protagonistas no forman parte de una solución. Es decir, el visitador no replanifica el desorden que existe en su presente, sino que sobrepone su utopía recolonizadora para la provincia, tal como también la soñó Vázquez de Espinosa en el siglo xvii⁷.

De este modo, para Carrió, el distópico Tucumán debe europeizarse, negando (aunque no totalmente) la capacidad de “redención” de los antiguos colonos. Puesto que, como señala el funcionario sobre estos criollos, “estos así están contentos, pero inútiles al Estado, porque no se aumentan por medio de los casamientos ni tienen otro pie fijo y determinado para formar poblaciones capaces de resistir cualquier invasión de los indios bárbaros” (1973: 257),

7. Vázquez de Espinosa describe de la siguiente manera el espacio pampino de Tucumán: “Hay en esta tierra grandes llanadas, que llaman pampas, que se pierden de vista y hacen horizontes redondos como en la mar, y a los montes llaman islas, los cuales tienen por guías por no perderse en tan grandes llanadas [...]” (1969: 426). Estas pampas, como mares, y estos montes, como islas, son la metáfora de la pampa tucumana habitada por estos “perdidos” gauderios que el visitador construye. A estas imágenes de la pampa, Vázquez de Espinosa también planteará la idea de penetración y sujeción de los habitantes indígenas del Tucumán, para extraer las riquezas de su tierra: “La ciudad de Salta o Lerma, está entre Xuxuy y Esteco, la cual es de pocos vecinos, aunque rica en tierras fértiles y hermosos valles, abundantes de aguas en cuya comarca está también el valle de Calchaquí, pueblos de Casabindo, Sococha, Cochinea, Moreta y la nación de los Apamatás y otras grandes provincias de gentiles, que si los pocos españoles tuvieran posible para conquistarlas y reducir las, con que se aseguraba el paso de los que van del Piru a aquel reino, fuera de grande importancia, y aun se había de poner calor en ello, y encargar más aquella población, haciendo mercedes a los que fuesen a ella con que se reducirían aquellas naciones a la fe, y sería la tierra muy rica” (446).

estaría absolutamente justificada la llegada de una mano de obra europea, ordenadora del extenso territorio. Por ello, el verdadero proyecto o plan mayor de Carrió no será el de redistribuir y reordenar a los gauchos, sino el de comenzar a encajonar, con esta renovadora colonización, el libre tránsito de aquellos "perjudiciales" sujetos.

Esta idea de estrechamiento territorial de los gauderios será, para el visitador, la condición necesaria que permitirá cumplir su proyecto para el Tucumán. El proceso de la configuración anecdótica de estos sujetos, la evaluación de su barbarie y su marginalización del proyecto de recolonización interna, llegan a un último punto de resolución. A la pregunta sobre qué se debe hacer con estos hombres inútiles al Estado, que sólo tienen por satisfacción comer carne a destajo, beber sus alojás y yerba mate, jugar al "truco"⁸, cantar sus "horrorosas" coplas y vagabundear libremente por la campiña, el visitador tendrá una respuesta certera y planificada. Para él, está claro que seguirá allí el espacio de los montes y las grandes pampas, por donde los gauderios pueden proseguir con su *gaudeamus*, al igual que el peligro fronterizo que amenaza a cualquier proyecto de reordenación. Este peligro tras los montes es la presencia de los indios salvajes que, constantemente, merodean por la provincia. La contención del avance de los indios chaqueños será el proyecto de Carrió para los gauchos, con el fin de que sirvan a la defensa de su europeizado Tucumán. De este modo, no sólo se estrechará el espacio territorial de los indios, sino que también se hará posible la sujeción de estos criollos:

A éstos [los indios del Chaco] jamás se conquistarán con campañas anuales, porque un ejército volante de dos a tres mil hombres no hará más que retirar a los indios de un corto espacio del Chaco, y si dejan algunos destacamentos, que precisamente serán cortos, los exponen a ser víctimas de la multitud de indios, que se opondrán a lo menos cincuenta contra uno. Para la reducción de éstos no hay otro arbitrio que el de que se multipliquen nuestras poblaciones por medio de los casamientos, sujetando a los vagantes a territorios estrechos

8. El "truco" es un juego practicado por los gauderios o gauchos, con bastantes similitudes con el del billar. Se juega en una mesa con tablillas (barandas), troneras (buchacas) y otros implementos. Consiste, en una de sus variantes (truco bajo), en echar con la bola propia la del contrario por sobre la baranda.

y sólo capaces de mantenerlos con abundancia, con los correspondientes ganados, obligando a los hacendados de dilatado territorio a que admitan colonos perpetuos hasta cierto número, con una corta pensión los primeros diez años, y que en lo sucesivo paguen alguna cosa más, con proporción a los intereses que reportaren de la calidad de las tierras y más o menos industria, aunque creo sería más acertado como sucede en algunas provincias de la Europa, el que estos colonos pagasen sus censos en las especies que cogiesen de la misma tierra, como trigo, ganado, en vacas o novillos, carneros, gallinas, etc., para que unos y otros procurasen aumentar estas especies y alimentarse mejor, y sacar de sus sobrantes para pagar el vestido (Carrió de la Vándera 1973: 257-258).

El deseo de que estos vagantes colonos se arreglasen a los preceptos evangélicos tendrá como fin el casamiento, la sujeción a una unidad familiar que servirá de verdadero escudo humano o freno contra las arremetidas de los indios chaqueños. Sin duda, esta solución para los gauchos no es del todo integradora; sólo apuesta por una conversión de la barbarie en civilización, en la medida que tal cambio sea funcional para la explotación por parte del Estado. Tampoco Carrió volverá a insistir en la división de la tierra de los grandes hacendados, sino en situar en ellas un número a definir de inquilinos que pagarán su tributo después de diez años. Casamientos e inquilinaje⁹ parecen ser las soluciones más prácticas y rápidas para asentar y amarrar a los gauderios, bajo un sistema agrario forzado que tendrá gran éxito para las oligarquías de los futuros siglos XIX y XX.

Lo que antes era una idea no muy detallada, acerca de la mano de obra europea, ahora se torna una estructura de formas más precisas, calculadas y depuradas. Así, esos sujetos parasitarios, dice el visitador, que "no tienen otra providencia que la de un trozo grande de carne bajo de su ramada" (1973: 258), son las piezas que deseará mover hacia un nuevo proceso de colonialidad. Para este itinerante

9. Incluso en su anterior estadía en Salta, Carrió ya había realizado una preliminar propuesta acerca del pago del peonaje y cómo habría que sujetarlos para que no desaprovecharan su sueldo en diversiones ilícitas: "[...] señalarles una tienda, a donde concurren con sus mujeres y familia, y cada uno saca lo que necesita en lienzo, lana o seda, entregándoles en plata una corta parte para pagar el sastre y correr algún gallo, como ellos dicen y que se reduce a comer, bailar y cantar al son de sus destempladas liras" (1973: 214).

de profesión, los itinerantes de oficio deberán ser descritos, primero y, luego, proscritos a los límites de la provincia: su utopía poseerá una demarcación precisa, habitantes claramente identificables (como si fuesen parte de un cuadro de castas) y vagabundos reformados y convertidos en productivos colonos.

Si los gauderios tienen alguna posibilidad de redención y relativa inclusión dentro de una sociedad fronteriza como la tucumana, se deberá a la derrota y exterminio de los indios chaqueños que deben ser el trofeo que corone el proyecto de Carrió. Ni los indios del Chaco ni otros indios participarán como agentes de su modelo re-colonizador. Dentro de este proyecto, los indios poseerán una escasa o nula posibilidad de ser posicionados activamente en el tablero social, convirtiéndose sólo en objetos de tal proceso. Sin embargo, los indios no parecen del todo derrotados en este juego: los gauchos, como peones que han de ser en esta estrategia, no van hacia adelante engullendo ordenadamente las cuadrículas o palmos de la tierra tucumana. Por ello, para que la recolonización o reaprovechamiento metropolitanos de estos espacios económicos y sociales sea efectiva, los indios tienen que ser —si se me permite la metáfora con el juego gauchesco del “truco”— la bola despedida fuera de la barandilla, del límite, a fin de no estorbar aquellos procesos que el visitador ya ha diseñado para el Tucumán.

En síntesis, la configuración anecdótica del gaucho, como sujeto fronterizo, caracterizado como holgazán, licencioso, bebedor y principal culpable del derroche de recursos en la provincia, forma parte de otro proyecto de Carrió: la creación de un hombre nuevo, distinto del salvaje¹⁰, con una funcionalidad apropiada a los intereses del Estado. Sin embargo, esta utilización del gaucho no es otra cosa que un medio para conseguir su marginalización de la sociedad virreinal, para la cual el visitador desea una nueva dinámica recolonizadora proveniente de Europa. Los gauchos son, para el autor, un recurso más de los tantos que se malgastan en el virreinato peruano.

10. David J. Weber llama a este objetivo la “ciencia de crear a un hombre”, la que tiene como principal misión la recomposición de los indios en el sistema religioso español, llevada a cabo en el siglo XVIII por los misioneros de las distintas órdenes, especialmente la jesuita y franciscana (2005: 91).

PARTE II: BRASIL-COLÔNIA